

Hugo

Natalia Camodeca*

Así como algunos crean vida, teoremas, bellas composiciones musicales, o inmensos puentes que te llevan de un lado a otro, yo puedo crear portales. La cuestión técnica del asunto la expondrá otra persona en otro relato, para aquellos de mentes más brillante que la mía. Por ahora no puedo explicar cómo lo hago, la ciencia detrás de eso, pero puedo afirmar con total seguridad que hay otros mundos. No estoy seguro de si yo los creo con mi fantasía o de si siempre estuvieron ahí y resulta que simplemente poseo la llave para abrir la puerta que me lleve a ellos. Pero existen, y para los interesados en los viajes entre mundos, aconsejo seguir detenidamente la siguiente narración.

Hace unos cuarenta años me encontraba corriendo hacia la casa de mi mamá en Olivos. Había escuchado que venían por mi mujer y por mí. Venían a borrarnos. El procedimiento se desconocía, al menos yo lo hacía porque era un muchacho ingenuo e idealista. Creía que mi grupo era algo revoltoso sin llegar a ser extremo como los otros, y creía que mi causa era la de los demás. Pero siempre hay causas detrás de las causas y cuando se es joven como lo era yo, es fácil pecar por inocencia.

Nunca imaginé que mi sueño de un país mejor culminaría con una bala y un muerto. Desde luego no fui yo el que disparó, aunque sí el que llevó al hombre al patíbulo. En un principio todo consistía en asistir a las reuniones clandestinas y ponerse en campaña para juntar dinero. Con el pasar de los días, las convicciones políticas fueron abandonándose y convirtiéndose en un fanatismo muy lejos del ideal primero. Las discusiones fueron reemplazadas por peleas, las ideas por violencia y el bienestar del país quedó postergado por la guerrilla. Los argumentos eran los mismos pero las intenciones detrás de ellos me parecían otras. Aquellas otras personas con las que me había sentido identificado de pronto me resultaban extrañas, tal vez fuera que mis ideales no eran tan fuertes como los de ellos o tal vez fuera ver a un chico apuntándole a otro a la cabeza.

El hombre al que veía a los ojos justo antes de ser asesinado no tenía nombre para mí. No tenía familia que estuviera pidiendo por su vida ni un dios por el cual rezar en sus últimos momentos. Lo que sí tenía era un traje de la marina. Y eso alcanzaba para que yo

* Natalia Camodeca. Correctora literaria y Licenciada en Letras por la Universidad del Salvador. Correo electrónico: nataliacamodeca@yahoo.com.ar

Gramma, XXVI, 55 (2015), pp. 151-158.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

entendiera que no se trataba de un error, aquel hombre debía permanecer donde estaba según las órdenes de La Célula. Recuerdo que fijaba la mirada en un punto del suelo como si intentara penetrarlo. Llevaba un traje impecable salvo en los lugares donde le había salpicado la sangre cuando le dimos en la nariz con la culata del revólver. No había dicho mucho. Al menos nada de relevancia. Pero con el traje alcanzaba. Recuerdo que me daba una sensación de respeto y rebeldía a la vez. Y por eso miré aquellos ojos con fijeza casi todas las horas que duró el proceso.

Al principio creí que pedirían rescate. El dinero siempre faltaba. Pero pronto entendí que esta movida era otra cosa. Mi compañero estaba nervioso y no paraba de insultar y patear la mesa en la que estaba el teléfono. Esperábamos órdenes. Particularmente, yo esperaba que nos indicaran a quién debíamos llamar para pedir dinero. Pero me parece que a esa altura era el único que no quería entender lo que sucedía. Estábamos en el sótano de un boliche clausurado. La tía de alguien vivía al lado y mantenía guardia. A eso de las tres de la tarde la vieja apareció con un periódico en la mano. Nos mostró una nota de la segunda hoja y puso cara de gravedad. Se decía que había desaparecido un joven de la marina. Se llamaba Leopoldo y su mujer estaba embarazada. No reconocí al joven de la foto como el mismo joven que tenía arrodillado en el piso. En el periódico, tal vez por el modo en que sonreía con timidez, parecía un crío. Pensé en su mujer.

Hacía calor y no había casi luz salvo la que entraba por un vidrio sucio y la que prodigaba un foquito sobre la mesa. Las paredes estaban enmohecidas y se olía la humedad. Un lugar feo para morir. En realidad, en algún punto de la espera, me di cuenta de que tal vez tendríamos que asesinar al marinero. Y estaba de acuerdo si eso suponía un avance en la causa. Además, todo uniformado era responsable de su propia suerte desde el día en que se había alistado. Yo no era más responsable por matarlo que él por pensar estúpidamente.

Algo me avergonzaba y desvié la mirada hacia mis mocasines. Eran más bien feos pero era el único calzado que me había llevado de casa de mis padres. Allá había recibido una buena educación, y siempre había tenido dos pares de calzado en perfectas condiciones. También tenía chombas y camisas, pantalones pinzados de los que me gustaban, cinturones y comodidades. Mamá se había encargado de darme todos los gustos dentro de lo que podía y creo que mi vergüenza tenía algo que ver con mamá.

En raras ocasiones tenía tiempo para pensar en mi familia y en la vida que había tenido de más joven. Era irónico que volviera a tener tiempo para reflexionar en aquel sótano, mientras miraba al marinero arrodillado.

—¿Qué tienen de especial esos mocasines para que los mires así? —me preguntó mi compañero.

Alcé la cabeza y me di cuenta de que él estaba asustado también. Éramos tres hombres asustados en un sótano sucio. Se me ocurrió que podríamos irnos los tres y comenzar una vida en otro lugar con sol, con árboles, con libertad.

—¿Me escuchaste?

—Espero que llamen pronto.

—¿De verdad? —preguntó con una mirada que me hizo vacilar.

¿Realmente quiero que suene el teléfono?, reflexioné. Hice una mueca y desvié la mirada, otra vez, hacia los mocasines. Tenían la punta gastada de tanto andar. Pensé en los zapatos negros que mamá me había dado al cumplir 18. Esos sí que debían estar intactos en el placar. A diferencia de los mocasines no los llevaba a sótanos polvorientos. Los usé en muy pocas ocasiones, casi siempre para salir con muchachas. Estaba orgulloso de mis zapatos, me daban aires de estrella de cine. Mamá me dijo siempre que me parecía a un actor argentino. Era morocho y robusto, no demasiado alto pero sí lo necesario. Siempre había sido algo soberbio, tal vez porque el soberbio es el primero de los inseguros. Seguía teniendo soberbia pero además había cansancio. La inseguridad es agotadora. Sé que había cambiado. Lo sé porque a mis colegas les había pasado lo mismo. Supongo que tiene que ver con el rumbo de las vidas, y yo había elegido una vida clandestina y de choque. Me pregunté si al marinero también lo había transformado el rumbo de su vida. Supongo que sí porque no se parecía al de la foto. Pensé de nuevo en su mujer.

—¡Te digo que atiendas! —me instó mi compañero.

Miré el teléfono como si se tratara de una granada y más cagado que nunca en mi vida, atendí. En ese momento me enfrenté con la realidad en mí mismo. No importaba la orden, hacía años que sabía que iba a matar al marinero. Desde aquella vez que me pidieron que guardara la mochila con armas, y lo hice de buena gana. Siempre pensando en la causa. Cuando sonó el teléfono solo me di cuenta de que así como el marinero había elegido el uniforme, yo también me había alistado, aunque en el bando opuesto. Era un hipócrita que jugaba a la guerra y no se hacía cargo. Dejé de mirar mis mocasines y me decidí a hacer lo que correspondía. Pero mi compañero se adelantó. Agarró el revólver que estaba en la mesa y le dio un tiro. El marinero cayó hacia un costado. Podía verle el agujero en la chaqueta y cómo se empapaba de sangre.

—Tenía que ser rápido. No merecía mayor tortura —me dijo con los ojos deformados por la desesperación.

—No llegué a darte la orden —musité con terror. Ya no había hipocresía. La verdad había salido a la luz.

—No hacía falta —me respondió y se guardó el revólver en la parte de atrás del pantalón.

Unas semanas después me soplaron que venían por mí. No era la primera vez que escapaba de un lugar, pero sí la primera en donde mis enemigos me sabían culpable. Lo primero que hice fue llamar a mi mujer y explicarle que debíamos irnos de Buenos Aires. No sé qué habrá pasado por su cabeza porque se quedó en silencio unos cuantos segundos hasta que habló. Sonó fría y racional. Y yo sabía que cuando ella hablaba de ese modo era para ponerle distancia a sus emociones. Me di cuenta de que estaba asustada, tanto como yo.

—Te paso a buscar —dije.

—Estoy en lo de Maribel pero creo que debería irme, por los nenes.

—No, quedate ahí. No te muevas. Cierren la puerta y trábenla con algún mueble —sugerí y colgué el auricular.

Estaba en la casa de una tía. Sabía que había escuchado la conversación y para cuando me di vuelta no me sorprendió la mirada que encontré. Era una mezcla de enojo, alarma, tristeza. Menos mal que no era mamá, me dije y agarré un bolso para irme. Ni siquiera saludé, no había tiempo. Corrí escaleras abajo. Cuando abrí la puerta me pareció ver que dos personas se acercaban a la casa. Pero no me detuve a observar. Estaba tan asustado que no podía ver las cosas con claridad. Parecía como si la calle y las casas fueran manchones sobreexuestos a la luz. Era como si mis ojos tuvieran un velo blanco. Escuché a mi tía desde la ventana del primer piso, pero no entendí lo que me decía y luego vi que me arrojaba algo. Miré hacia el suelo y vi los mocasines. Ni siquiera me había calzado al salir. Los levanté del piso y me di cuenta, entonces, de que sería lo último que haría. Había perdido segundos valiosos en un calzado.

Corrí en dirección a la casa de mamá. Quería verla una vez más. Escuché a los hombres detrás de mí, le gritaban a alguien que estaba esperándome en la esquina. Alcé la vista, intenté concentrarme pero supe que no importaba lo que hiciera, me habían atrapado. Delante de mí, el Falcon verde esperaba para engullirme.

El viaje duró alrededor de dos horas. Iba encapuchado en el baúl así que no pude ver a dónde me llevaban. El auto se detuvo haciendo una pequeña curva y sentí que tironeaban de mí para que saliera del vehículo. Me empujaron unos metros y me sacaron la capucha. Estaba parado en la puerta de un galpón en medio de un campo. Una vez más noté que iba descalzo. Sentía la tierra seca en la planta de los pies. Serían las dos de la tarde y el sol, todavía amarillo, estaba alto. Me metieron en el galpón y cerraron la puerta. Enseguida noté que había otra persona. Tuve que esperar para que mis ojos se adaptaran a la oscuridad y entonces reconocí a mi compañero. Se había meado encima, pero además de eso, se encontraba en buen estado. Noté que habían tirado mis mocasines en el suelo. Los recogí y me los puse.

—Nos van a matar —me dijo temblando.

—Son militares —respondí para confirmar la idea.

—Estos hijos de puta nos van a matar —repetió.

De afuera escuchamos que golpeaban la puerta con algo metálico para que guardáramos silencio.

—¿Ves algo que nos pueda servir para defendernos? —pregunté.

—¿De un balazo? No creo. Solo hay partes de maquinarias rotas.

Miré alrededor y distinguí un cuadro grande con marco antiguo. La pintura era de una playa rodeada de acantilados. El sol de la mañana iluminaba las olas y se veía un velero en el horizonte. Me acordé del marinero. Sentí una punzada en el pecho. También pensé en mamá y en mis zapatos de 18.

Me acerqué al cuadro y recordé haber pensado en un paisaje similar con anterioridad.

Fue cuando estábamos en el sótano del boliche abandonado, con el marinero arrodillado y esperando la llamada. Había deseado abandonar la ciudad, la causa, los ideales. Ahora ya no podía huir hacia un horizonte con sol. Todo lo que me esperaba estaba al otro lado del galpón.

—¿Conocés la playa? —me preguntó mi compañero acercándose a la pintura para observarla mejor.

Asentí y recordé un viaje a Mar del Plata cuando tenía doce años.

—Es una putada el velero en la pintura. Te hace pensar —dijo mi compañero.

—¿De qué lado estás? —inquirí pasando un dedo sobre el óleo.

—Del tuyo. Del pueblo. De los que quieren hacerse cargo del país, como los viejos caudillos. Yo sé que vamos a triunfar, aunque vos y yo ya no estemos. La gente que dirige nuestro grupo sabe planear y moverse. Son estratégicos. Inteligentes. Y estamos del lado de los buenos. Somos los buenos —me dijo mirándome a los ojos con más preguntas que las que aparecían en su voz. Me miraba y me preguntaba si aquello que decía con tanta convicción era así.

Yo tenía miedo. Muchísimo. Pero no se me notaba en lo físico más que en mi mirada posada en el cuadro. Todo mi pensamiento estaba puesto en ese paisaje. El deseo que había tenido tantos años de cambiar mi país, de cambiar mi mundo, se había transformado por otro. Deseaba irme al mundo de la pintura; enterrar mis pies en la arena y oír las olas. Apoyé la frente contra la pintura e inspiré profundo mientras imaginaba que olía el mar salado.

Algo debe haber pasado. Es decir, algo pasó pero recién ahora, a la distancia, puedo empezar a comprender. Fue como si cayera hacia adelante justo después de oír que la puerta del galpón se abría. No sabría decir si los milicos me vieron o se encontraron con un galpón sin presos. Pero sentí que entraba en otro lugar, húmedo, cubierto por telones de terciopelo rojo. Asustado como estaba de que nos persiguieran, tironé de mi amigo —el cual se había venido conmigo de alguna forma— y nos obligué a adentrarnos entre la tela. Avanzamos unos cuantos metros en aquel lugar oscuro y frío hasta que alcanzamos una puerta de metal. Empujamos y la puerta se abrió hacia adentro.

—¿Qué es este lugar? —me susurró mi compañero al oído.

Le indiqué con un codazo que hiciera silencio. No veíamos nada. Palpé la pared buscando un interruptor. Pero en cambio, sentí una mano que me agarraba del brazo.

—¿Quién está ahí? —preguntó el que me había aferrado con voz temblorosa.

—¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos? —dije de pronto lleno de miedo.

—Qué se yo qué es. Estoy encerrado. Me van a matar en cualquier momento. Llévenme con ustedes por esa puerta —respondió el que parecía ser un hombre joven.

—¿Por qué te van a matar?

Lo interrogaba por miedo a lo desconocido. La habitación a oscuras me ponía los pelos de punta y no dejaba de pensar en los milicos del galpón.

—Por ser un idealista que quiere a su país —me respondió—. Me llamo Manuel

Iribarren. No me queda mucho tiempo. Llévenme, por el amor de dios.

—¿Estás atado?

—Solo las manos. Puedo caminar.

—Vamos —dije y lo ayudé a levantarse.

Caminamos varias horas. La tela rojiza era pesada y nos costaba caminar. El olor del meo de mi compañero mezclado con el de la tela me impregnaba la nariz. No entendía lo que estaba pasando pero tenía tanto miedo de detenerme y volver al galpón que preferí continuar. Me pregunté si estaría muerto o dormido. Tal vez desmayado por el miedo. Pero sentía la tela pesada contra el cuerpo y veía la silueta de mi compañero que caminaba por detrás y me decía que un sueño no se sentiría de ese modo. A pesar de tener el pantalón pegado por la transpiración y el dolor en la planta de los pies, lo que más me hinchaba las pelotas era estar tan asustado. Nunca había sentido tanto temor. En las últimas reuniones con mi grupo, las cuales eran cada vez más cortas, se hablaba de resistir con valentía —y silencio— los desaciertos de quienes nos perseguían. Tan solo unas semanas atrás me sentía capaz de soportar una bala en el cráneo sin flaquear. Pero esto era completamente distinto. La idea de la muerte es débil ante el acecho de la verdadera muerte. Por eso pensamos que podemos aguantar de pie, sin temblar, sin mearnos encima.

Anduvimos horas. A cada rato encontrábamos una puerta y alguien a quien rescatar. A los primeros les preguntamos con cautela quiénes eran y por qué estaban encerrados. Había mujeres y hombres. Todos decían algo parecido: «me atraparon por ir en el bando contrario». Al sexto ya no le preguntamos nada. Nos limitamos a sacarlo de la habitación antes de que fuera tarde. Al final éramos un grupo de más de veinte personas. Todas sigilosas, golpeadas y llenas de temor.

En determinado momento, varias horas o días después —quién sabe—, corrimos el telón y detrás apareció un cielo con nubes y un océano. Habíamos alcanzado la cima de un acantilado. Debajo estaban la arena y las olas. En el horizonte, el velero. Parecía un sueño, pero no lo era. Estaba vivo. Sentía el aire salado en los pulmones. Lo miré a mi amigo perplejo y feliz. Me volteé para conocer las caras de mis otros compañeros que había rescatado pero al verlos, aumentó mi incredulidad.

Varios de ellos llevaban traje de milicos y de policía. En un segundo la realidad me golpeó el alma. Nos distanciaba solo un traje. Un traje, un bando, una postura. Alguien a quien admiro poco dijo alguna vez que las ideas no se matan, y ahora lo veía con claridad. Cada tortura, desaparición o muerte nos acercaba más al otro bando, a pesar de querernos separar.

Miré mis mocasines y sentí vergüenza. La verdad nos impactó a todos juntos. Algunos lo comprendimos de inmediato, otros con el paso del tiempo. Pero todos comprendimos al final. Me saqué los mocasines y los arrojé en el agua. Me parece que ese fue mi último acto de rebeldía. De rebeldía contra mí mismo. Me di cuenta de que los mocasines simbolizaban una parte de mi pasado que quería dejar atrás.

Pasamos varios días en aquella playa desierta. Comíamos de unos bananeros y tomábamos agua de un viejo grifo cerca de una construcción cerrada. Pero un día apareció en el horizonte otra persona. Se acercaba a toda prisa. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para que lo oigamos nos dijo:

—¡Otros viajeros! ¿Quién lo hizo?

—¿Quién hizo qué? —preguntó mi amigo acercándose al nuevo para verlo mejor—. Pensábamos que nos habían dado un tiro y que esto era el paraíso. Los otros piensan lo mismo.

—No tienen pinta de merecerse el paraíso —replicó el nuevo con una sonrisa amable. Tenía el torso desnudo y lo que era la camisa atada en la cabeza— ¿Quién lo hizo?

—Supongo que fui yo —dije levantándome del suelo y sacudiendo la arena de mis calzoncillos— ¿No estamos muertos, entonces?

Negó con la cabeza como si le acabara de preguntar una locura, pero al ver que el grupo entero lo miraba con dudas, agregó para explicar:

—Este lugar es real. ¿Fue a través de una fotografía?

—De una pintura —respondí tomándome unos segundos para comprender la pregunta.

—Con algunas pinturas se puede hacer. Si el artista pintó una playa basándose en una real y existente, entonces se puede.

—¿Y dónde estamos? —preguntó mi compañero mirando el horizonte.

—En unas islas del Pacífico, cerca de Fiji. Ese velero —dijo señalando el horizonte— es de un hombre en la isla vecina. Viene al coral a bucear. Es un fanático. ¿No lo vieron todavía?

Negamos con la cabeza. El nuevo sonrió y parecía que por primera vez nos observaba con atención.

—Vamos, no pueden vivir a bananas. Felipe —se presentó tendiéndome la mano.

—Hugo —musité.

Alcanzamos el pueblo unas dos horas después. Acá nos quedamos algunos. Otros iniciaron el viaje de regreso a casa, aunque no sé si habrán encontrado destino. En cuanto a mi habilidad de transportarme parece que nadie la cuestiona. Tal vez están más locos que yo. Pero lo cierto es que no soy el único que puede hacerlo. En dos ocasiones encontré viajeros que habían venido a la isla a través de ciertas copias del cuadro que encontré en el galpón. Un uruguayo y un chileno. Se alegraron tanto después del susto. ¿A quién no le gustaría tocar una pintura y aparecer en una hermosa isla?

Volví a usar mi poder hace poco para viajar a mi país. Resulta que uno de los hombres que vino conmigo a la isla tenía una fotografía del almacén donde trabajaba, allá en Argentina. Aparecí en plena noche detrás de un mostrador. Volví a la casa de Rawson pero no quedaba nada para mí. A veces, hay que dejar ir parte del pasado. Revisé en el placard y encontré los zapatos que mi mamá me había regalado a los 18. Fue todo lo que agarré. Usé una foto que le habíamos tomado a la isla y regresé.

Nunca fui de escribir mucho, pero creo que algunas cosas vale la pena contarlas. En

este caso no traté de explicar lo que pasó en mi país, sino lo que me pasó a mí. Siempre me sentí un barrilete que andaba errante en el cielo, arrastrado por las ideas caprichosas. Ya no me siento de ese modo. Mientras escribo con mis zapatos negros llenos de arena, recordando a mamá con ternura, me doy cuenta de que todo se simplificó, de que estoy bien. Estamos bien y somos muchos. Ahora espero que recuerden que no estamos muertos. Somos desaparecidos.